

Se rebela el dragón...

Pilar Errázuriz

Debo confesar que a esta edad y con casi 40 años de estudio y ejercicio del psicoanálisis, he caído en el síndrome de la teoría de la conspiración, como tantos y tantas quienes, desde una posición foucaultiana ponemos en cuestión los discursos de las instituciones que intentan construirnos cotidianamente para mejor controlarnos. Esta exposición más que plantearse como hipótesis de trabajo es una suerte de asociaciones libres que sirvan para abrir una reflexión conjunta.

Para resumir ¿cuál es la conspiración que asalta mi fantasía? Pues bien, es aquella de que el sistema patriarcal ha hecho concesiones en el terreno de la erótica mientras que, gracias a esa nube de liberación de color arcoíris y ya no más solo rosa y celeste, ha logrado encubrir el refuerzo de la pulsión de dominio y del deseo de poder que se desparrama en estos momentos “sin filtro” a nivel global.

La pulsión de dominio todavía hoy campa por sus fueros en el escenario político, prolifera en manifestaciones hostiles de ejercicio de poder, y éstas se reproducen de manera exponencial. Propio de un sistema en crisis, propio del dragón que propina coletazos cuando se ve arrinconado, propio de la reacción del patriarcado metaestable que invierte toda su energía para que las arenas vuelvan a juntarse luego de alguna incursión de cambio en las relaciones de género.

Cómo expresa Juan Carlos Volnovich¹, “que el patriarcado se vea atravesado e impactado por los movimientos sociales, no impide que la inercia de sus aspectos institucionales más enraizados tiendan a neutralizar los logros conseguidos, transformando las innovaciones en repeticiones al estilo lampedusiano: es necesario que algo cambie si se quiere que todo siga igual”. Desde las cúpulas del poder, hoy más que nunca en un retorno masculinista que redobla su arremetida desde los

grupos políticos más conservadores, se han hecho concesiones, para que algo cambie en beneficio de que el núcleo duro de dominación siga inmune. Concesión para el amor, distracción siempre ordenada y controlada: identidades que se definen según el objeto de deseo, mientras la pulsión de dominio hace y deshace sin orden ni concierto.

En el terreno de la erótica, el deseo que se diversificó en una multiplicidad de combinaciones de género y de opciones sexuales tuvo, en el cambio de siglo, su cuarto de hora de gloria, hasta que hoy, las clasificaciones identitarias –según la opción sexual– han vuelto a domesticar este deseo en nombre de la necesidad yoica de clasificarse, de tener una pertenencia, una definición, todo lo que, perteneciendo a lo ilusorio resulta un alivio para el común denominador de los sujetos, es decir, la soledad².

Ya no serán dos los puertos de llegada para la sexualidad, sino varios. Sin embargo, todos ellos exigen formulario y pasaporte: LGTBI etc. A alguna categoría debe adscribirse el sujeto para amar en legitimidad. Al contrario del deseo de poder que se manifiesta en las formas más rocambolescas, innovadoras, desconcertantes, el deseo erótico es cooptado por el sistema para encasillarlo en virtud de venderle al Yo una identidad. Del binarismo se pasó a la pluridesignación, pero aquel no ha sido desechado. La certeza de la diferencia binaria sigue funcionando, sino, la prueba es la reasignación de sexo, que aún insiste en perpetuar el binarismo, más allá o más acá de los avatares del deseo. Identidad yoica que necesita de un imaginario y de un real puesto en juego en la anatomía. Como cita Debora Tajer, la reasignación sería un modo de adaptación a lo hegemónico disciplinador del cuerpo.³

Que la diversidad sexual se halle visibilizada, legislada y legitimada, no debilita la dominación masculina ni su esquema de la adscripción a las filas. Tampoco significa que por rebelarse al terreno biológico, en el cual se contruyeron los mecanismos de jerarquización de los sexos, los sujetos escapen al control y al disciplinamiento, como lo plantea Foucault. El fin del “dogma paterno” como lo anuncia Michel Tort⁴ está aún por verse ya que el panóptico coopta las adscripciones identitarias para mejor controlarlas. ¿De qué manera tan sutil el sistema ha podido convencer a los sujetos que su identidad deriva solamente de su opción sexual o de sусsentimiento íntimo de pertenencia a uno u otro género (Stoller)? Qué resistencia impide

reconocer que tanto la opción como la pertenencia fluyen líquidas, ambigua y nómades? Este 'deber ser' que se escapa permanentemente debe cumplir para 'ser'. Para el Sistema es necesaria una escala jerárquica bien construida en la cual en el mejor de los lugares están los varones blancos con poder económico y político. Esta "concesión" a Eros para legitimar la diversidad y las nuevas formas de familia, hecha por lo que Freud denomina el 'superyó cultural', es un cambio importante en la cultura; pero ¿Cuál es la razón por la cual al mismo tiempo, este cambio cultural va acompañado por un refuerzo de la pulsión de muerte y de la agresividad que observamos resurgir a nivel global?

La pulsión de dominio desordenada en sus manifestaciones agresivas no parece complicar mayormente al sistema. Los patriarcas florecen con propuestas reaccionarias, el sistema sexo-género masculino, la alianza patriarcado / capitalismo se refuerza, se recupera de las tímidas deconstrucciones de las que ha sido objeto. Lo que en un momento el pensamiento progresista consideró un buen pronóstico, es decir el avance de la diversidad, de la equidad, del agrupamiento ciudadano, ha convocado una reacción violenta recurriendo a una pulsión de dominio "sin filtro" que parece contagiarse a nivel planetario. La masculinidad hegemónica puesta en cuestión, propia del conservadurismo, resurge con una potencia no disimulada y con propósitos involucionistas. Que no se lea por masculinidad tan solo los varones, sino aquellos y aquellas sujetos que apoyan hoy en muchos países, occidentales y orientales el retorno con violencia a las relaciones de poder y de dominación de género, clase, raza.

Ahora bien, de acuerdo con Freud en el Malestar de la Cultura, "... la tendencia agresiva es una disposición instintiva innata y autónoma del ser humano. (...) constituye el mayor obstáculo con que tropieza la cultura. (...) la cultura sería un proceso puesto al servicio del Eros, destinado a condensar en una unidad vasta, en la Humanidad, a los individuos aislados, luego a las familias, las tribus, los pueblos y las naciones". Para Freud la pulsión de vida y la pulsión de muerte ("instinto de destrucción" en sus palabras) están en lucha. Para él, la agresión es antagónica a la Cultura. Se pregunta, al final de su artículo, si "el desarrollo cultural logrará hacer frente a las per-

turbaciones de la vida colectiva emanadas del instinto de agresión y de autodestrucción”.

¿Será entonces que la flexibilización frente a los deseos eróticos de la cultura actual y el permiso de lucha explícita por la equidad de género se compensan por una manifestación de la pulsión de dominio, y se exacerban las acciones hostiles y los deseos de poder desde un lugar patriarcal en el que se recurre a la represión en otros ámbitos como clase y raza?

De acuerdo con Irene Meler⁵ “la pulsión hostil alude a una parte de la pulsión de muerte dirigida hacia el exterior con la ayuda especial de la musculatura”. La psicoanalista sostiene que las pulsiones se descargan en forma de afectos o se transforman en deseos. Para Mabel Burin, la pulsión de dominio y la pulsión epistemofílica que conducen respectivamente al deseo de poder y al deseo de saber, se encuentran coartadas para las mujeres por los mandatos de género y por lo instituido simbólicamente que construye el super-yo femenino haciendo de él una instancia muy exigente, como en su día lo enseñara Melanie Klein. El hacer de la frustración virtud y narcisizar la frustración siendo uno de los mandatos de género para las mujeres según la psicoanalista Nora Levinton, es uno de los mayores obstáculos internos que impide que las mujeres desarrollen el deseo de poder y las manifestaciones hostiles.

Meler sostiene que “estos destinos pulsionales (de dominio y de poder) son más propios de varones que de mujeres en nuestros ordenamientos culturales tradicionales. La idea de que la hostilidad requiere para su descarga de alguna forma de acción motriz es más afín a los modos de desarrollo de los varoncitos que de las niñas”⁶. Una gran parte de estos varoncitos, al transformarse en hombres, internalizan los mandatos para la masculinidad hegemónica. Estos mandatos, secularmente sostenidos por el mito del Héroe, conforman una cultura que impulsa la transformación de la pulsión hostil o de dominio en deseos de poder y naturaliza las descargas hostiles como inevitables para su sexo. Generalmente, los más exitosos de estos varones conforman luego las elites gobernantes. Estas y las instituciones manejadas por dichos mandatos, aceptan manifestaciones hostiles, juegos de poder, dominación por la violencia efectiva o simbólica como propias del sistema: guerras, enfrentamientos violentos en

debates políticos, legislaciones asertivas clasistas, sexistas y racistas, descalificaciones, traiciones, femicidios, esclavitud, corrupción, entre tantas otras manifestaciones a nivel global.

Retomando las palabras del Maestro que sitúa como antagonistas la cultura y la agresividad, en otras palabras Eros y Tánatos, si a la vez recurrimos a Meler para afirmar que la pulsión de dominio se desarrolla más y mejor en la masculinidad hegemónica, ¿podemos pensar que frente a un proceso cultural en las sexualidades de la mano del retorno de la bisexualidad reprimida trae como consecuencia una reacción hostil por parte de la masculinidad hegemónica inconsciente?

Pensamos que la amenaza al sistema patriarcal frente a la cual reacciona se debería a que el cuestionamiento de los géneros, su diversificación, pone de manifiesto una rebelión contra el terreno biológico, el cual ha sido en su arena donde se ha construido y cristalizado la jerarquía de los sexos y los mecanismos de poder. Tal como lo señala Ana M. Fernández, el proceso cultural de la diversidad de géneros y del discurso de género, muestra como en cada sociedad “las diferencias biológicas han justificado las desigualdades sociales. En tal sentido, desmarca la cuestión de supuestas esencias diferentes que instituyen las condiciones masculinas y femeninas en su desigualdad de oportunidades, para colocar la cuestión en la subordinación política, económica, cultural, emocional-subjetiva y erótica del género femenino en relación con el masculino. Es, por tanto, una noción que pone el centro en *la cuestión de poder* de un género sobre otro”⁷. Esta jerarquización primigenia, de acuerdo con la historiadora Joan Scott, se habría constituido en modelo para las demás inequidades. De modo que, si en estos tiempos que corren se abre una grieta en dicha jerarquización, estaría amenazando todas las demás. Si la que ha sido “por excelencia” la más general se puede comenzar a deconstruir, también las otras. Si la biología / anatomía puede ser intervenida a partir de fantasías deseantes, luego, no es tal su poderío.

Por lo tanto, la perspectiva de género y la práctica de la diversidad pone en discusión la hipótesis freudiana de que CITO “el repudio de la feminidad puede no ser otra cosa que un hecho biológico, un gran enigma de la sexualidad” FIN DE CITA. El repudio de la feminidad como de cualquier otra subalternidad partiría de mecanismos de poder y sería del orden de lo político usando lo biológico

y no al inversa. Si cambiamos la designación de hombre y mujer por la designación genérica de femenino y masculino, o, incluso de feminidad y masculinidad podríamos decir que el refuerzo de la pulsión de dominio por parte del inconsciente masculino hegemónico estaría hoy resurgiendo a la par que “la feminidad”, supuestamente repudiada por hombres y mujeres según el Maestro, se ha abierto un camino a través de la equidad de género, de la diversidad sexual y de este cambio cultural de la mano de Eros. No sería entonces, como dice Tort que a partir del año 2000 la flexibilidad del dogma paterno en cuanto a la erótica se debería a “el inconsciente homosexual que habría hecho prevalecer sus puntos de vista (...) inconsciente homosexual que mantiene con el padre inconsciente una relación distinta de neurótica ordinaria”⁸ sino, se debería “al inconsciente bisexual”, en el cual persistiría, reprimida, esa feminidad tan abyectada por ambos sexos como nos enseña Freud en su artículo de 1937, *Análisis Terminable e Interminable*.

Dicho todo esto, parece que el superyó cultural freudiano que de acuerdo con el Maestro “ha elaborado sus ideales y erigido sus normas, entre éstas, las que se refieren a las relaciones de los seres humanos entre sí”, se habría visto sorprendido por la acometida de Eros en las últimas décadas, y habría endurecido otras normas en función de una ética involucionista, es decir, el refuerzo de la dominación masculina, al menos en los territorios menos teñidos por la pulsión erótica, como clase y raza. De acuerdo con Mabel Burin, una de las heridas narcisísticas que ha sufrido la masculinidad hegemónica, se debe, paradójicamente, al sistema capitalista empujado a su extremo “La puesta en crisis del rol de género masculino como proveedor económico se ha producido, por el nivel crítico alcanzado con los modos de empleo y trabajo tradicionales, y por otra por las profundas transformaciones en la clásica familia nuclear”.⁹

En efecto, la ambición neo-liberal que globalizó la producción beneficiándose de la feminización de la pobreza, ha tenido un efecto negativo para el rol de proveedor económico que daba poder a la generalidad de los varones de clases medias bajas y trabajadoras. Esto ocurre al tiempo que emerge la “familia en desorden”, por usar palabras de Roudinesco, que se ha impuesto en la legislación de muchos países, como concesión del sistema patriarcal cuyo eco

resuena en las formas actuales del capitalismo: empleo de mujeres y jóvenes que ofrecen más plusvalía que los varones adultos. Sin embargo, hoy vemos el retorno a un nacionalismo y a un proteccionismo productivo y comercial (Léase Brexit, triunfo de Trump, avance de la derecha en América Latina y en Europa, el caso de Corea....) que parece, a priori, contradictorio con la expansión del capitalismo, pero que intenta reforzar y devolver el lugar de poder a nivel micro-social de los hombres y a nivel macro el poder no ya compartido, sino individual para cada nación.

Este entreverado juego de las pulsiones a nivel colectivo, como lo planteara Freud tiene aún mucho camino por delante antes de que podamos celebrar el comienzo del fin del Patriarcado. Mientras los mecanismos de poder privilegien las manifestaciones hostiles, los esfuerzos de Eros por lograr los cambios culturales que deseamos, no parecen suficientes frente al fenómeno reactivo de las élites hegemónicas.

Termino este ejercicio de la teoría de la conspiración con una pregunta que se hace Derrida “¿Habrá un más allá de la pulsión de muerte?”¹⁰ o tendremos que aceptar con Freud que la pulsión de dominio es primordial, y que es ella la que ha organizado el Orden Simbólico Patriarcal dejando, para mejor existir, algunos puntos de fuga cómplices de Eros, que, de tanto en tanto nos ilusiona con el principio de su fin.

NOTAS

1. Burin, M. et Al. *La crisis del Patriarcado*. Juan Carlos Volnovich, Buenos Aires: TOPIA Ed. 2012, P.49.
2. Jorge Aleman, *Soledad. Común. Políticas en Lacan*. Buenos Aires: Ed. Capital Intelectual S.A. 2012.
3. Burin, M. et Al. *La Crisis del Patriarcado*. Déborah Tajer, id. P.89.
4. Tort, M., *Fin del Dogma paterno*. Buenos Aires : Paidós, 2008, p.17.
5. Burin, M. y Meler, I. *Varones, Género y Subjetividad Masculina*. Buenos Aires: Librería de Mujeres Ed., 2009, p.223.
6. Burin, Meler, *Op. Cit.*, Id.
7. Fernández, A.M, *Las lógicas sexuales*. Buenos Aires: Ed. Nueva Visión, 2014, p. 45.
8. Tort, M. *Op. Cit.*
9. Burin, M. et Al. *Op. Cit.* P. 69.
10. Derrida, Jacques. *Estados de ánimo del psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós, 2005, p. 44